

bre cada uno de sus cuatro ángulos un macizo torreón. En uno de los lados de la muralla se abre una ancha puerta que defienden dos baluartes laterales. En el interior hay grandes patios y corrales donde pueden, en caso ofrecido, encerrar la caballada y el ganado.

Solo con estas precauciones pueden aquellas fincas existir y defenderse de los ataques de los salvajes.

Llegado el tiempo en que debía herrarse el ganado, Carlos se despidió de Carmen ofreciéndole volver pronto y se dirigió á Santa Cruz. Ocho días habrían pasado después de su partida, cuando Carmen recibió una carta del administrador de la hacienda, en que se le noticiaba que su esposo se hallaba gravemente enfermo. Inmediatamente resolvió ponerse en camino acompañada de algunos mozos armados, para reunirse con Carlos.

No se decía que hubiese indios por aquellos rumbos y muchas semanas habían pasado sin que se volviera á tener noticia de sus acostumbradas depredaciones; por cuya razón Carmen no abrigaba temor alguno en ese sentido.

La hacienda se hallaba bastante retirada de Chihuahua, y el camino no se podía hacer en menos de dos días. El primero se paso sin ninguna novedad. Carmen estaba desesperada y hubiera querido seguir el viaje en la noche; pero los mozos y la remuda necesitaban descanso, y hubo de resignarse á pasar la noche en la posada. Al otro día, de madrugada, mandó enganchar

de nuevo, poniéndose en marcha la comitiva. Caminaron sin descansar la mayor parte del día; Carmen, impaciente, sacaba con frecuencia la cabeza por las portezuelas del coche por ver si distinguía los parduscos torreones de la hacienda de Santa Cruz; por fin, alcanzaba ya á verlos cuando de improviso se oyeron los alaridos de los apaches que al mismo tiempo se presentaron haciendo fuego sobre los mozos. A la primera descarga algunos cayeron gravemente heridos, los otros recobrados pronto de la sorpresa, resistieron parapetados tras de las ruedas del coche; pero, después de algunos momentos de pelea, todos sucumbieron no quedando con vida más que Carmen que muda de terror yacía sin sentido en el interior del carruaje. José Moran apareció, y rápido como el relámpago asió por la cintura á la infortunada joven, y la arrastró consigo en vertiginosa carrera. Los suyos le siguieron dejando en el campo los cadáveres de los que habían caído bajo sus certeros golpes.

## X. SORPRESA.

El lector ha adivinado, sin duda, que la desdichada esposa de Carlos había sido víctima de una infame celada.

El astuto Jefe de los supuestos salvajes había man-

dado á uno de los suyos con una carta para hacer salir á la incauta joven. Ya hemos visto que ésta había caído en el lazo.

Cármen estaba en poder de su implacable enemigo y este comenzaba á ver realizada su venganza; pero aún quedaba Carlos.

Morán había resuelto no esperar más. Por otra parte, comprendía que á no dar el golpe decisivo esa misma noche, su otra víctima pudiera escapársele. Preveía que era necesario obrar pronto, y así lo hizo.

Inmediatamente después de haberse apoderado de Cármen, se encaminó á la hacienda de Santa Cruz, que como hemos dicho no estaba distante. Su diabólico plan se iba cumpliendo en todos sus detalles, él, por su parte lo había previsto y arreglado todo. Sospechando que en la hacienda podría encontrar seria resistencia, pues desde sus primeras excursiones los hacendados todos estaban listos para defenderse en caso de ataque; había anticipadamente enviado al más inteligente de sus hombres á Santa Cruz en solicitud de trabajo.

Carlos, sin sospechar que aquel sería el Judas que debía venderlo, lo admitió en su servidumbre y desde luego quedó allí instalado.

Aquel infame tenía la orden de abrir sigilosamente la puerta que daba entrada al interior de la muralla, al escuchar una señal convenida.

Las diez de la noche serían cuando los incansables

bandidos rodeaban cautelosamente las murallas de la hacienda.

La noche estaba oscurísima, y un viento helado soplaba en aquellas solitarias llanuras, lo que hacía que los mozos de la finca durmieran profundamente, envueltos en sus gruesos “jorongos” de lana. Los ladridos de los perros, no eran bastantes á despertarlos; y además, estaban tan acostumbrados á ellos que esto no podía llamarles la atención.

Los asaltantes guardaban profundo silencio.

José Morán llevaba á Cármen perfectamente asegurada. Para impedir que diera voces, la habían amordazado con un pañuelo.

La desgraciada joven había, al principio, entablado desesperada lucha con su raptor; pero reconociendo la inutilidad de sus esfuerzos, dejóse al fin llevar, medio muerta de terror, sin darse cuenta de lo que le pasaba.

Morán, seguido de su gente, se acercó á la puerta de la muralla y dos veces seguidas imitó el aullido del perro; inmediatamente giraron las puertas sobre sus goznes y penetraron todos en el interior del edificio.

Bajo un corredor, en el fondo de un gran patio, había una pieza cuya puerta estaba entreabierta y al través de ella se veía, á la luz de una lámpara que opacaba un velador de color verde, á un hombre que medio acostado en un catre leía, al parecer, con profunda atención. Este hombre era Carlos....., el dueño de la hacienda.

El Jefe de los salteadores, después de dar algunas órdenes en voz baja, á Martinez, se dirigió hacia aquella pieza, llevando siempre consigo á Carmen y acompañado de dos hombres.

Cuando Carlos levantó la cabeza para darse cuenta de lo que motivaba aquel ruido, estaba ya rodeado por dos de los bandidos que, á una señal de su amo, lo habían atado con fuertes lazos.

José se había quedado en la puerta de la estancia sujetando á Carmen que hacía inútiles esfuerzos para desasirse.

Carlos vió á Carmen en poder de aquel hombre, y un rugido salió de su pecho; por su cerebro cruzaron horribles ideas.

Quiso arrojarle sobre él; pero solo consiguió caer apoyando una rodilla en tierra.

La emoción no le permitía hablar; más al fin, haciendo un esfuerzo poderoso, pronunció estas palabras:

—José, sospechaba que eras un bandido, pero no un vil cobarde que sólo vence asegurando antes á sus contrarios, y que sólo ejercita su fuerza contra débiles é indefensas mujeres. Si aún queda en tí algún resto de dignidad, mandarías desatarme los brazos y medirías tus armas con las mías; pero nó, no harás eso porque tienes miedo de encontrarte sólo conmigo!

—No he venido más que á matarte! respondió José procurando ocultar su despecho; lo he jurado y hoy he de cumplirlo. Por lo demás, puedes ir sin cuidado; tu mujer me pertenecerá y luego irá á hacerte compañía.

Al oír estas últimas palabras, Carmen, por medio de un desesperado esfuerzo logró desasirse y corriendo á abrazarse de Carlos, dijo á Morán, arrancándose el pañuelo que la amordazaba:

—¡Jamás seré tuya, bandido! Después, rápida como el pensamiento, arrebató un puñal á uno de los que sujetaban á su esposo, y se atravesó con él el corazón.

Morán entonces descargó su rifle sobre Carlos, que cayó encima del ensangrentado cuerpo de Carmen.

Mientras esto pasaba, los demás asaltantes habían dado muerte á todos los habitantes de la hacienda, que de las dulzuras del sueño pasaron á la eternidad. Solo un mozo había, por una rara casualidad, escapado de la cruel matanza oculto detrás de uno de los baluartes que defendían la puerta.

Concluido todo, después de echar afuera la caballada y saquear los objetos de valor que pudieron encontrarse, abandonaron el teatro de sus hazañas. Al salir por la puerta de la muralla dijo el Jefe á los suyos:

—Me separo porque necesito estar mañana en Chihuahua: hasta dentro de dos días nos veremos, por la tarde, en el “Paso del Águila;” que ninguno falte.

Y se lanzó á todo correr por la desierta llanura.

## XI.

### LA PISTA.

A las ocho de la mañana del siguiente día, al en que pasaron las trágicas escenas que acabamos de narrar,

un hombre entraba en una de las mejores casas de la Ciudad de Hidalgo del Parral, donde vivía el anciano padre de Carlos, Don Rafael V..... que á la sazón se hallaba allí, sufriendo, como con frecuencia le acaecía, un fuerte acceso de gota.

En la mañana de que venimos hablando, el anciano estaba en su estancia probando á levantarse de un cómodo sillón, cuando le anunciaron que uno de los mozos de su hacienda de Santa Cruz solicitaba hablarle. Ordenó que lo dejaran entrar.

—¿Cómo dejaste á mi hijo Carlos? preguntó luego que el hombre estuvo delante de él.

—Mi amo, respondió el mozo; no quisiera que “su merced” supiera lo que ha sucedido.....

—¡Dilo pronto! gritó Don Rafael palideciendo.

—Don Carlos, Doña Carmen y toda la gente de la hacienda, han sido muertos anoche por los indios. Yo me escapé milagrosamente escondiéndome detras de uno de los baluartes.

Al oír esto, el anciano se desplomó en el sillón; sus piernas doblándose á impulsos de profunda conmoción moral, no podían sostenerlo; apretó los puños con desesperación y en su semblante se dibujó una angustia horrible. Largo rato permaneció en silencio como anodado. Por fin, alzó la cabeza y dijo con voz en que podía adivinarse un furor concentrado:

—¡Daría cuanto poseo por tener en mis manos á los asesinos de mi hijo!

—Si “su merced” tiene confianza en mi, dijo Anto-

nio el mozo de Santa Cruz, yo me comprometo á entregarlos.

—Tú? preguntó dudando Don Rafael.

—Yo, mi amo. Los indios antes de dejar la hacienda, y creyendo que no había ya en la casa ningún viviente, hablaron en voz alta en la muralla, donde yo estaba escondido. Uno, que creo que fué el capitán, les dijo que los esperaba mañana, en la tarde, en un punto de la sierra que yo conozco.

Pues bien; dijo Don Rafael regocijándose con la idea de la venganza; si me traes la cabeza de ese capitán, serás rico: te daré en oro lo que ella pese.

—Que se me dé la gente necesaria, y “su merced” quedará servido, respondió Antonio.

El angustiado padre dió parte de lo ocurrido á la autoridad, é inmediatamente se alistaron veinte hombres bien armados, y todos ellos acostumbrados hacía mucho tiempo á esta clase de campañas.

El mozo Antonio se incorporó á aquella fuerza en calidad de guía, pues como él lo había dicho, conocía perfectamente la parte de la Sierra que iban á explorar. Para mayor seguridad, iba también el indio Cruz. Este indio había sido cogido á los salvajes cuando casi era un niño y por su valor, astucia y conocimiento que tenía de las costumbres de las tribus errantes, prestaba grandes servicios á las fuerzas que los perseguían.

La noticia de los horribos asesinatos de la hacienda de Santa Cruz, se había esparcido por todas partes. Ya nadie creía que aquellos hechos fueran obra de

verdaderos salvajes; enlazando todas las circunstancias y reflexionando en algunos de los crímenes anteriores, todos sospechaban que allí se ocultaba algún misterio, y la curiosidad de descubrirlo se había manifestado vivamente.

Al fin iba á descifrarse aquel enigma.

## XII.

### EL LOBO COGIDO EN SU MADRIGUERA.

Los veinte hombres de que antes hemos hablado, emprendieron á buena hora la marcha rumbo al Paso del Águila donde esperaban hallar al día siguiente á los asaltantes de Santa Cruz.

Para no espantar la caza se dirijieron por caminos solo conocidos del indio Cruz, tomando todas las precauciones que creyeron oportunas.

Después de muchas horas de fatigosa marcha, la guerrilla hacía alto á corta distancia del Paso de Águila.

Serían apenas las cinco de la tarde y era prudente esperar que el sol se ocultara para no malograr la empresa. Así lo hicieron ocultándose con cuidado detras de los matorrales y de las peñas.

El indio Cruz conocía muy bien la cueva que había en el Paso del Águila. Con su sagacidad natural comprendió que los bandidos debían alojarse en ella, y en consecuencia, determino hacer una exploración

en aquel lugar. Saltando como un gato montés por los precipicios; deslizándose como una culebra por entre los peñascos y matorrales; logró al cabo de un rato situarse enfrente de la cueva. Dos horas habrían pasado desde que se había puesto en asecho, cuando vió llegar hasta seis hombres montados que fueron penetrando en la guarida; paso media hora más y aparecieron otros tres, poco después otro. Muy bien, dijo el indio para sí: no deben faltar muchos. Trascurrieron otros momentos, y nadie llegó. La oscuridad de la noche aumentaba y el indio Cruz juzgó oportuno reunirse á sus compañeros para dar el asalto. Sin duda estaban ya reunidos todos los bandidos.

Los veinte hombres se pusieron en marcha y bien pronto se posesionaron de las entradas de la cueva, sin ser sentidos.

Repentinamente resonó una descarga: seis de los fingidos salvajes, que rodeaban una gran luminaria, quedaron tendidos, los otros se metieron á lo más profundo de la cueva haciendo fuego sobre sus contrarios; pero fueron alcanzados muriendo dos más. Otros dos que quedaban, fueron heridos y prisioneros.

Uno de ellos era Martinez, el segundo en Jefe de la banda. A este se dirigió el comandante de la guerrilla, diciéndole:

Te fusilo en el acto si no dices verdad en lo que voy á preguntarte. ¿Eras tú el capitán de estos foragidos?

—El capitán llegará más tarde, respondió Martinez acobardado por las heridas y por la amenaza.

—¿Faltan algunos de tus compañeros o aquí están todos?

—No falta más que él, añadió Martínez.

Entonces el Jefe de la guerrilla dió orden que los heridos fueran llevados al rincón más profundo de la gruta donde sus quejidos no pudieran ser oídos; mandó igualmente retirar los cadáveres y esperó guardando profundo silencio. Largo rato permaneció así, hasta que se oyeron á corta distancia los pasos de un caballo que se acercaba. A poco apareció un ginete que no era otro que José Morán.

Empezaba este á entrar á su escondite, cuando fue rodeado por un grupo de hombres que lo sugetaron con fuerza tendiéndolo en el suelo.

La batida había concluido. No era de esperarse que hubiera en aquel lugar más bandidos, en consecuencia se ordenó la retirada, conduciendo á los prisioneros.

### XIII.

#### LA JUSTICIA OBRA.

José Morán y sus dos compañeros heridos llegaron á Hidalgo del Parral conducidos por sus aprehensores.

Gran sensación causó en la Ciudad este acontecimiento, pues nadie creía que aquel joven miembro de

una familia distinguida y dueño de una gran fortuna, fuese el autor de tan negros crímenes como los que en aquellos días se habían cometido.

Sin pérdida de tiempo comenzó á instruirse la causa á los tres presos; y al inquirir los hechos pasados, los mismos reos confesaron atentados y crímenes que en su mayor parte eran desconocidos y cuyos detalles horrorizaban.

De la causa se desprendía que si bien un amor contrariado había podido exacerbar á Morán empujándolo por el sendero del crimen; aquella pasión no correspondida no era bastante á explicar, ni mucho menos á atenuar los horribles delitos que aquel joven había perpetrado, y sobre todo, la fría ferocidad que en todos ellos se descubría.

Reflexionando, podía creerse más bien que en José Morán había mucho del instinto salvaje, que en su larga permanencia entre las tribus bárbaras, se le había inoculado sobreponiéndose á todas las nociones civilizadoras que después había recibido; algo del odio inextinguible que el salvaje tiene al hombre civilizado, y que José había absorbido en los primeros años de su juventud, como absorbe la planta las materias colorantes que marcan en ella un sello indeleble.

¿Se gravarán en las circunvoluciones del cerebro las impresiones de la niñez tan firmemente como se fijan las imágenes en la cámara oscura? ¿Nacerán ciertos hombres con el instinto del crimen, viéndose después empujados á cometerlos por una especie de estado

morboso que se manifestaría por impulsos irresistibles é inconscientes, en cuyo caso la pena de muerte sería otro crimen opuesto al primero?

La atribulada familia de Morán pretendía salvarlo á toda costa; pero si el Juez, en asuntos menos ruidosos hubiera podido ablandarse con las dádivas, en el caso presente era tal la notoriedad de los hechos y tal su gravedad, que no solamente no podía acceder, sino que al contrario, le era preciso hacer alarde de recititud, energía y actividad.

Si á esto se añade que D. Rafael, por su parte, puso en juego todo su influjo para obtener justa y cumplida venganza; fácilmente se comprenderá que no habían pasado dos meses, y ya los tres reos habían sido sentenciados á la última pena.

La sentencia prevenía que después de ser fusilados los reos, fuesen puestos en la horca, á la espectación pública.

A los dos días de pronunciada la sentencia se ejecutó en presencia de casi todos los habitantes del Parral que concurrieron en masa á presenciar un acontecimiento que raras veces se les presentaba.

José Morán murió con entera; solo un recuerdo lo hizo flaquear por un momento al pisar el patíbulo: el recuerdo del pobre pastor que hizo morir de hambre y de sed.

Algunas horas después de la ejecución, los cadáveres de los tres criminales, eran llevados á la hacienda de

Santa Cruz y colgados de una viga, á la orilla del camino, frente á la puerta de la muralla.

#### XIV.

##### VENGANZA SATISFECHA.

La misma noche del día en que los reos fueron ejecutados, Antonio, el mozo de Santa Cruz, se presentó en la estancia de D. Rafael.

El anciano estaba sentado en su sillón donde la gota lo tenía clavado.

Sin poder salir de su casa, durante el ruidoso proceso, á causa de la enfermedad; ya hemos dicho que había interpuesto todo su influjo hasta conseguir el condigno castigo de los asesinos.

Su venganza estaba satisfecha; pero quedaba en su pecho un dolor oculto: no le había sido posible saciarse en la agonía de Morán, y ni aún siquiera había podido verlo.

Para satisfacer este extraño deseo, había encargado á Antonio que le llevase la cabeza de Morán. Antonio cumplió fácilmente el encargo de su amo. Dirigióse á Santa Cruz donde ayudado de una escalera subió y cortó el lazo que sostenía suspendido el cadáver: éste cayó al suelo y allí separó la cabeza del tronco; en seguida la cubrió cuidadosamente y se la llevó á Don Rafael.

La noche en que hemos dicho que Antonio se presentó en la casa de Don Rafael, llevaba oculta bajo su zarape, la cabeza de Morán.

Al verlo, el vengativo padre lo comprendió todo, porque le dijo, con voz que manifestaba ansiedad:

—Pon eso aquí, delante, sobre la meza.....!

Antonio descubrió la hirsuta cabeza y la colocó donde su amo ordenaba.

—Bien; dijo D. Rafael.—Has satisfecho mi deseo. Yo te haré rico.

En seguida se puso á contemplar aquel despojo ensangrentado.

Su mirada se iluminó; dibujóse en sus labios una sonrisa de satisfacción; gran rato la miró arrobado como si quisiera prolongar indefinidamente el goce supremo de su venganza satisfecha.

Por fin, salió de aquel éxtasis, y cogiendo la cabeza por la encrespada cabellera, la sacudió con furor diciendo:

—¡Bandido! devuélveme á mi hijo!!; luego la arrojó contra el suelo donde rebotó pesadamente.

Después de un breve rato en que pareció volver de aquel acceso de locura, levantóse con trabajo; abrió una caja que tenía inmediata y dijo á Antonio sacando puñados de oro:

—Toma, recibe el premio de tu fidelidad; y vació un montón de las amarillas monedas en el zarape del azorado mozo.

Cuando hubo puesto una gran cantidad, añadió:

—Puedes retirarte con eso que es tuyo; y si lo que te he dado no alcanza á pesar lo que esa infame cabeza, cual te lo prometí, vuelve por más.....

Antonio salió recogiendo la cabeza del suelo, y D. Rafael se acomodó en su sillón cerrando los ojos, para acariciar mejor su terrible venganza.

APILA ALFONSO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA